



## REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del  
Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal. . . . .	3200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las republicas de América.	25 pesetas id.

### ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

### SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—ÁFRICA CENTRAL: Misiones de la colonia en el Zambese, pág. 281.—FERNANDO POO: Clausura de las escuelas anglo-protestantes; inauguración de una escuela católica entre los bubis; detalles curiosos, 283.—VENEZUELA: Obra de la Santa Infancia, 284.—FILIPINAS: Alzamiento de los indios; tribulaciones y consuelos, 286.—El eminentísimo cardenal P. Guillermo Massaia, 288.—CRÓNICA: Mongolia, Zambese, Estados-Unidos, Filipinas, Oceanía central, Noticias varias, 290.—Un recuerdo de Gibraltar, 292.—El Che-

rif de Wassan, 293.—TERCER CONCILIO PLENARIO DE BALTIMORE (continuación): educación cristiana; familia cristiana, 295.—El gran Nhidgo, 299.—NECROLOGÍA, 299.—MISCELÁNEA, 300.

FOLLETIN.—Viaje bíblico en Oriente. (Pliego 20 del tomo 2.º)  
GRABADOS.—Nueva iglesia de Chandernagor, en el Indostan, 281.—Tipo indígena de Malasia, 285.—Una calle de Tamatava, 289.—Ilmo. Francisco Sogaro, vicario apostólico del África central, 292.—Niños negros de Jartum conduciendo ladrillos á la Mision, 293.—Ilmo. Marinoni, prelado de Su Santidad, superior del Seminario de las Misiones extranjeras de Milan, 297.



## CARTA DEL TIO MATRACA

Á LA TIA PEPA SOBRE SU MATRIMONIO Y EFECTOS CONSIGUIENTES.

Mi apreciable tia Pepa: Si está usted buena me alegro; yo también lo estoy. Así empezaba Cicerón sus cartas, y así debo yo empezarlas, para demostrar á usted que no soy manco en esto de poner cuatro letras bien puestas para decir la verdad á todo el que me pregunta los años que tengo.

He recibido su carta llena de lamentos y consultas, que procuraré contestar despacito para que no nos enredemos, pero que también contestaré clarito para que nos entendamos.

Se queja usted que desde que se casó no ha tenido un día bueno, primero con el genio de su difunto, á quien Dios haya perdonado todo el aguardiente que se bebió de más y todos los días que trabajó de menos, y luego con los siete Macabeos, es decir, con los siete niños que le han quedado á usted y que le han salido á usted peor que los de Écija.

Pare usted el carro, y vamos por partes.

En primer lugar debo decir á usted que, según mis noticias, su difunto Blas (que de Dios goce y por aquí no vuelva) antes de casarse con usted era ya tan maganton y tan mosquito como después de casado.

Su mala educación, sus malas costumbres y hasta su mal vino, le eran á usted bien conocidos; pero el hombre era buen mozo y jaquetón, tenía mucha sandunga, y mucho *aquel*, y usted, sin mirar más que *el aquel* y la sandunga y sin hacer caso de los consejos que le daba su madre, se escapó de su casa de la noche á la mañana y se casuyó usted con él de cualquier modo, como si le corriera á usted mucha prisa el empezar á llevar garrotazos y el acabar de comer de caliente. Usted se acordará que había un muchacho honrado que se quería casar con usted, y usted no quiso casarse con él porque no tenía las patillas negras y ensortijadas como su Blas, ni escupía por el quijal como su Blas, ni se la echaba de valiente como su Blas, ni iba siempre vestido de pascua con los calzones justos, la faja de seda y las *polseretas* cargadas de mantequilla. ¡Ay, tia Pepa! ¡Cuántas veces se habrá usted arrepentido de aquellas tonterías! A poco tiempo de casarse ya vió usted en lo que quedaron las patillas y las *polseretas*; ya vió usted en lo que vinieron á parar las valentías y los calzones justos. Tres calabozadas seguidas aplicadas á curar tres borracheras acabaron con las valentías y con los calzones, que de tanto rozarse contra el apoyo de la cárcel, se fueron por mala parte: teniendo usted que acudir en su socorro con un remedio en forma de *curación* que daba mil gozos de verlo, y que les hizo cantar á sus vecinas de *usted* un *tralló* de:

Mirad con qué disimulo  
Lleva Blas el pantalón  
Remendado por el... centro  
En forma de corazón.

Á usted se la llevaba pateta, porque aún tenía usted mucha tierra en la Habana, y tomaba usted cada sofoquina que se ponía á morir. Entre tanto Blasillo, en vez de trabajar, seguía lo mismo que antes visitando las estaciones desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche, en que volvía á su casa con las *polseretas* desgrednadas y con un caudalazo en vino, que si en vez de traerlo en el estómago y depositarlo en el corral apesando el barrio, lo hubiera traído en una damajuana y depositado en una bodega, se hace rico en cuatro días.

Tras de esto y para final de la fiesta, solían venir las pendenencias y los garrotazos, á cuya luz (porque los garrotazos alumbran mucho) empezó usted á ver lo muy torpe que anduvo en no tomar los consejos de su madre y casarse con un hombre de bien, en vez de casarse con un buen mozo.

Pero vamos al caso, que esto ya no tiene remedio, y si se lo digo á usted, no es más que por aquello que dice el refrán: *Á ti te lo digo, suegra, entiéndelo tú, mi nuera*. Usted se queja ahora de sus hijos, que es la segunda parte del cuento, y por cierto la más lastimosa; y si vamos á ver, aquí tiene usted menos razón aún para quejarse que tenía usted respecto del casorio. Usted sabe que cuando aun eran pequeños los chicos se murió el

tio Blas de resultas de habérsele indigestado una mona, y desde entonces quedó usted dueña absoluta de su casa.

¿Qué ha hecho usted desde entonces para educar á sus hijos? ¿Qué ha hecho usted para que no salieran lo mismo que su padre? Usted les pegaba una paliza cuando rompían un plato, pero en cambio no les tocaba el pelo de la ropa cuando le rompían la cabeza al hijo del vecino. Al contrario, se congraciaba usted, diciéndoles: *Hijo, el que te la haga que te la pague*, que era lo mismo que enseñarles el camino de presidio.

Usted no enseñó jamás á sus hijos á obedecer, que es lo primero que debe enseñárseles para educarlos bien, pues es sabido que siendo el primer pecado del hombre la rebeldía y la soberbia, así el primer cimiento de su educación tiene que ser la obediencia y la sujeción.

Usted consideraba cosa de poca monta el que hiciesen su santa voluntad, y jamás se cuidó usted de quebrarles los gustos, como suele decirse. En no romper mucha ropa, es decir, en no hacer travesuras de muchachos, que por otra parte eran las más perdonables como hijas de la edad, ya estaba usted contenta.

Usted en su vida se cuidó de que sus hijos fueran á la escuela, ni aprendiesen la doctrina cristiana, ni oyesen un sermón. Usted en su vida se cuidó de guardar la lengua, especialmente delante de ellos. Si alguna vez tenía usted que reprenderlos, lo hacía con cuatro terminachos que les dejaban escandalizados y por consiguiente peor que antes de la reprensión.

Luego, esta reprensión generalmente era siempre inoportuna, como hecha más para desahogar la rabia que para enseñar y corregir al que la mereciera. Ahora bien: ¿qué quería usted que sucediese después de tanto desatino? ¿Ha visto usted que alguno siembre nabos y coja albaricoques? No, hija de mi alma, no. Cada uno recoge de aquello que siembra; y usted que sembró descuidos, abandonos y mala educación, ha recogido siete macabeos que están acabando con usted, y lo que es peor, que van á acabar con los demás, que maldita la culpa que tenemos de que usted haya sido una tonta de capirote.

Lo que le resta á usted ahora, tia Pepa, es lo que le resta á todo el que ha obrado mal cuando lo que hizo ya no tiene remedio, esto es, callar la boca, y en vez de quejarse de su suerte echando la lengua al aire y las culpas á Dios, llevar con paciencia la cruz que usted misma se ha labrado y darle muchas gracias de que le haya dejado ese camino para pagarle lo mucho que le debe. Los remedios violentos hoy ya son ineficaces con unos hijos que le llevan á usted palmo y medio y que tienen la voluntad más torcida que parra vieja.

La única receta que á usted le queda es de la oración y del buen ejemplo. Modifique usted su carácter, prediqueles usted con su paciencia y con sus buenas obras, ábrales usted el libro de su propio corazón, lleno de virtudes y de sacrificios, y con pedir á Dios un día lo que hace muchos años debió haberle usted pedido, obtendrá usted eso que se llama su santa gracia, que es la única fuerza que tiene virtud bastante para enderezar los árboles torcidos y curar los males viejos.

Con que, lo dicho. Hasta la vista, y mandar al tio

Matraca.

(Lectura popular).

## UN REQUIEBRO DEL DIABLO Ó VERÓNICA DE MILAN.

LEYENDA MILANESA.

Tu sei bella, o Lisa,  
Bella da vero.

Hace siglos que en Milan vivía una familia honrada, pero pobre, compuesta de marido, mujer y una hija.

Nada más dulce que esta niña, pura y bella como los ángeles.

Sus padres, devotos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, la llamaron Verónica, y la niña se envanecía tanto de llevar este nombre que todos los días, quitándose del sueño, meditaba la santísima pasión de Nuestro Divino Redentor.

—¡Qué hermosa eres, Verónica! la decían los mozos milane-



ses al encontrarla por las calles. Pero ella no les hacia caso y proseguia su camino, y cuando sus ocupaciones se lo permitian se dirigia á la iglesia del convento de Santa Marta, y despues de haber oido la primera misa, comulgaba con las religiosas Agustinas que alli se albergaban. Las buenas Monjas la llamaban: *La niña con cara de ángel*.

Verónica, envuelta con su pobre mantilla de algodón blanco, se quedaba arrobada despues de recibir la sagrada Eucaristía, y sólo se la oía esta oracion:

—¡Dios mio! ¿qué día será aquel en el cual me tomareis por esposa?

Despues la jóven se levantaba é iba á su tarea cotidiana, pues trabajaba todo el día para ganar su sustento y auxiliar á sus padres.

En la tarde de un día festivo se acercó al locutorio del convento de Santa Marta y pidió por la Madre Abadesa. Llena de temor, aguardó junto á la reja.

La buena religiosa salió, y al encontrarse con la jóven, á quien conocia de vista, se alegró y dijo:

—¿Eres tú, hija mia? y bien ¿qué quieres?

La jóven bajó la cabeza y sus mejillas se volvieron de color de grana.

—Quisiera ser religiosa de este convento, contestó Verónica con voz cortada; y añadió con acento de tristeza, llenándose sus ojos de lágrimas: Soy pobre, Madre Abadesa, y tal vez esto lo impedirá.

—Pareces una buena muchacha, observó la Prelada, y tal vez las circunstancias suplirian la dote. ¿Sabes leer?

—¡Ay, no! contestó la jóven. La pobreza de mis padres no les ha permitido darme maestro y, por otra parte, todo el día y porcion de la noche debo emplearlo en el trabajo, sin tener tiempo para estudiar.

—Pues, aprende á leer, hija mia, dijo la Abadesa, y despues vuelve con tus padres. ¡Mucho será que no podamos admitirte!

—¿Cómo lo haré, interrogó la pobre jóven, si no tengo dinero para pagar al maestro?

—Encomiéndate á la Santísima Virgen, contestó la Abadesa, y desapareció dejando á la niña llena de temores y esperanzas.

Cuando una jóven se enamora de un jóven, dado es que se distraiga de su pasion.

La ingratitud del galán; una conducta mala; una lengua viperina que se ponga entre los dos y enreda la cosa; una expresion que no choca; un arranque de carácter, y unos celos, á veces infundados, dan al traste con todos los proyectos de amor para lo sucesivo. Pero cuando la jóven está prendada de Dios; cuando su amante es Jesucristo, nadie la distrae, porque alli no hay ingratitud, mala conducta, malas lenguas, ni celos. El Hijo de Dios, que es la pureza increada y el origen de toda ella, no admite sospecha, y como es todo amor y nos ama igualmente á todos, no hay motivo de celos.

Nadie es capaz de distraer á la verdadera enamorada de Jesucristo.

Verónica emprendió por sí misma el estudio, pidiendo prestado un libro, y en las tardes de los días festivos una persona caritativa le daba lecciones.

Sus progresos, eran, no obstante, lentos y la pobre jóven se desalentaba. A pesar de ello continuaba asistiendo todos los días que podia á la Misa en el convento de Santa Marta; hasta que un día, en que la pobre muchacha lloraba sin consuelo, se le apareció la Santísima Virgen y le dijo:

—Querida hija, no te desalientes porque no puedes aprender á leer.

Sólo tres cosas te bastan: primera, la meditacion diaria de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo; segunda, no murmurar de persona alguna y excusar todo lo que puedas los defectos de nuestros prójimos, encomendándolos á Dios en vida y en muerte, y tercera, dejarlo todo en la mano de Dios, conformándote siempre con su santa voluntad.

La pobre niña quedó grandemente consolada con la visita de la Virgen Maria, y emprendió de nuevo con más ahinco su estudio. Un día que fué á Santa Marta á visitar á la Abadesa, ésta

la dijo que procurase tenerlo todo dispuesto para entrar en el convento tres días despues.

El día siguiente Verónica se dirigia, alegre y cantando, fuera de Milan, con un cuévano de ropa para lavarla en la corriente del río.

Era muy de mañana y apenas clareaba. La jóven se arrodilló junto á una piedra, y empezó su tarea. Contenta como estaba, trabajaba con gusto, y en poco rato tuvo la ropa limpia.

Como vió que habia concluido su tarea pronto, y en las orillas del agua crecian unos rosales llenos de frescas flores, la niña quiso coger algunas y hacer un ramo de ellas para llevarlas á Santa Marta y adornar el altar de la Virgen Maria.

En poco rato arregló un grande ramo de rosas, de su propio color, blancas, pajizas y amarillas.

Verónica las contemplaba admirada, y ella misma se maravillaba de su obra, cuando sin saber de dónde salió, se le apareció un apuesto caballero, vestido de negro con cadena de oro al cuello y vistiendo una capa de grana.

La jóven le miró asombrada.

Él clavó en ella sus ojos negros, su mirada fosforescente, y dijo:

—¡Qué lástima de rosas, niña, si tus mejillas son más bellas y más frescas que las rosas mismas de este ramo! ¡Dichoso quien sea dueño de tanta hermosura!

Verónica se quedó turbada, pero mirando despacio al señor que así le hablaba, vió su rostro, si bien hermoso, cubierto de una palidez cadavérica y dotado de una expresion que daba horror.

—Eres hermosa, Verónica, prosiguió el caballero, y podrias sin esfuerzo alguno ceñir la diadema ducal de Milan.

Verónica con esta expresion conoció la persona que la requetaba, y, acercándose al agua, miró reflejada en ella su propio rostro como en un claro espejo, y, en efecto, se vió tan hermosa que ella misma se admiraba, y juntando las manos con júbilo, exclamó:

—¡Cuán bella soy! ¡Y qué contenta estoy con serlo! ¡Oh Dios, mio!

A Vos, Creador de todo lo bello, pues sois la misma belleza, á vos consagro con gusto esta hermosura mundanal que me habeis dado, y que en la tierra tal vez serviria de tropiezo á la virtud. Guardada en el claustro será para Vos tan sólo, porque nadie más que Vos la verá.

Entonces el diablo, que no era otro el que se le apareció, dijo:

—Venciste, Verónica, pues la vanidad que pierde á la mayor parte de las mujeres, en tí no ha podido nada; y, dando un grito espantoso, desapareció, dejando á la jóven admirada, y dando gracias á Dios.

Verónica llevó su ramo á Santa Marta y adornó con él el altar de la Virgen Maria. Tres días despues se cerraban tras ella para siempre las puertas del monasterio.

Modelo de santidad, admiracion de su siglo, venerada de toda la Italia y del mundo entero, fué esta sencilla y candorosa Virgen uno de los ornamentos que más honraron á la Orden Agustiniiana.

El orbe católico la venera en sus altares con el nombre de santa Verónica de Milan, y su afortunada patria cuenta de ella la leyenda del requiebro del diablo.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

## ¿EN EL SIGLO XIX?

Sin embargo, ¡cosa extraña,  
Aún hay brujas en España!  
(Breton de los Herreros.)

El Sr. Tembleque entraba en su cuarto incomodado, pero muy incomodado.

La cosa en verdad no era para menos: su mujer y sus hijos, que no querian convencerse de los errores espiritistas, estaban ¡horror! rezando el santo Rosario.



Había oído el suave murmullo de la hermosa oración dedicada á la Reina de los cielos, y furioso como un chacal se encerró en su despacho murmurando entre dientes:

—¡Superstición! ¡Superstición!

Y tiró el abollado sombrero por un lado y el robusto bastón por otro, y volvió á repetir:

—¡Superstición! ¡Superstición!

Y después calló, y después repitió de nuevo la consabida palabreja. El Sr. Tembleque parecía una fuente intermitente.

Y claro: él, tan amante del progreso y de la civilización, que había inventado una manera de rabiarse progresista y culta; él, tan decidido defensor de la libertad de pensamiento, que era capaz si pudiera de guillotinar á los que como él no pensasen, ¿cómo había de tolerar en su misma casa una práctica religiosa?

Estos y otros razonamientos estaba haciéndose el Sr. Tembleque con la cabeza baja, en actitud de embestir, las manos metidas en los bolsillos y los pies en activo servicio, tanto porque en ellos andaba pensando, como porque no cesaba de pasear como el tigre en la jaula; pero tan precipitadamente y tan de prisa, que parecía habiase propuesto ganar el premio al mismísimo Chistavín.

Cansado al fin de tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, como diría Iriarte, cogió bruscamente un sillón, y se dejó caer con tal fuerza, que retumbó el suelo y los cristales de los balcones.

Después tomó de encima de la mesa *El libro de los Espíritus* de Allan Kardec, y empezó á leer por milésima vez en su vida la introducción.

Porque he de advertir á Vds. que mi protagonista, como el hidalgo manchego immortalizado por Cervantes, se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, leyendo libros de caballerías, quiero decir libros espiritistas.

Poco tiempo hacía que el nunca bastante celebrado Tembleque, arrellanado en su sillón, dedicábase á la lectura indicada,

cuando un ruido indudablemente producido en el cuarto inmediato vino á sacarlo de su abstracción.

—¿Quién ha podido entrar ahí, se dijo, si ese cuarto lo tengo siempre cerrado con llave?

Y no sin cierto temor se propuso averiguarlo; pero al llegar á la puerta se detuvo, las piernas le flaquearon, un sudor frío cubrió todo su cuerpo, y el corazón latía apresuradamente presa de la más extraña agitación.

El Sr. Tembleque era muy grande, pero el miedo era más grande todavía.

Intentó salir segunda vez y sucedió lo mismo: al fin, á la tercera fué la vencida.

¡Llor eterno al valiente entre los valientes!

Abrió el cuarto después de tomar las más prudentes precauciones, lo registró cuidadosamente y no vió nada.

—Ya sé, ya sé quién ha sido, dijo el Sr. Tembleque con aire satisfecho. Bien claramente lo da á conocer Allan Kardec.

Y abriendo de nuevo el libro por donde antes leía, pasó su vista por estas palabras:

«Más embrollones y chismosos que malvados, parece ser patrimonio suyo la malicia y la inconsecuencia. Estos tales son los duendes ó espíritus ligeros.»

—Tiene razón: no ha podido ser más que un *duende*, dijo el Sr. Tembleque echando la llave; pero con tono de tan profunda convicción, que hasta el gato que dormía en la silla de enfrente levantó la cabeza asustado al oír pronunciar la palabra *duende* en pleno siglo XIX.

¡Pobre Tembleque! El que abominaba la superstición á todas horas, era en su vida íntima tan supersticioso que llamaba duendes á los que ratones eran, según el testimonio de su gato.

¡Cuántos espíritus fuertes conozco yo que no creen en Dios... pero creen en brujas!—H.

(*El Pilar*).

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

## DEVOCIONARIOS.

Acabamos de recibir un gran surtido de Devocionarios desde 1 peseta á 18; hay encuadernados en terciopelo, piel de Rusia, nácar é imitación, todos con su correspondiente estuche; los de 9 pesetas arriba son muy lujosos, propios para premios de primera comunión.

### OBRAS NUEVAS

**PROFECIAS SOBRE LA SUCESION DE LOS PAPAS**, vicarios de Jesucristo hasta el fin del mundo, ordenadas y comentadas por el presbítero D. Juan de la Cruz Ferrer y S. Todo comprobado por los hechos históricos hasta nuestros días.—Un tomo en 12.º, á 2 reales.

**EL CHARLATANISMO SOCIAL** por el R. P. Félix, de la Compañía de Jesús, obra traducida por don José M. Carulla, director de «La Civilización.»—Véndese á 2 pesetas.

## DICCIONARIO (Novísimo) DE LA LENGUA CASTELLANA,

en que se halla el texto íntegro del último publicado por la Academia española, aumentado con cerca de cien mil voces y acepciones de ciencias, artes y oficios por una Sociedad de Literatos; seguido del *Diccionario de Sinónimos* de D. Pedro María de Olive, y del *Diccionario de la Rima* de D. Juan Peñalver. Un hermoso tomo en 4.º encuadernado con lomo de tafete y planchas de tela, 20 pesetas.

## BIBLIOTECA ECLESIASTICA DEL RDO. P. CALASANZ DE LLEVANERAS.

Comprende la Teología moral, dogmática, Derecho canónico, Hermenéutica sacra, todos cuatro tomos encuadernados en un solo volumen en pasta, 4 pesetas. También se venden por separado á 1 peseta en rústica, y á 1 peseta 25 céntimos encuadernados.

## SALUDABLE DEVOCION CONTRA LA PESTE.

En forma de Cruz.—Véndese á 4 reales el ciento.

**TRADUCCION DE LAS JACULATORIAS** para pedir á Dios nos libre de la peste, escritas en latín por san Zacarías, obispo de Jerusalén.—Trigésima edición. Con licencia del Ordinario.—Véndese á 2 reales docena.

Los pedidos á la Librería de la Inmaculada Concepción de Juan Grabulosa, Buensuceso, 13, Barcelona.